

dole como le rogaba! Si no quería usted ver á Estela, habría podido quedarse en Moisselles. En fin, ya no tiene remedio. Adiós, hasta muy pronto.

»Su afectísimo servidor y amigo,

»MOREAU.»

A las ocho de la noche, la señora Clapart, después de haber dado un paseo con su marido, hacía media de invierno para Oscar al resplandor de una vela. El señor Clapart esperaba á un amigo suyo, llamado Poiret, que iba algunas veces á jugar con él una partida de dominó, pues no se atrevía á pasar la noche en un café. A pesar de la prudencia que le imponía la escasez de sus medios, Clapart no hubiera podido responder de su templanza en medio de objetos de consumo y en presencia de los amigos de la peña, cuyas burlas le hubiesen picado.

—Temo que Poiret no haya dejado recado de que no sube —decía Clapart á su mujer.

—Pero, amigo mío, si fuese así, ya nos lo hubiera dicho la portera—le respondió la señora Clapart.

—Puede haberlo olvidado.

—¿Por qué lo ha de olvidar?

—No sería la primera vez que olvida cosas nuestras, pues Dios sabe cómo tratan á la gente que no tiene fortuna.

—Oscar—dijo la pobre mujer para cambiar de conversación y no oír las pullas de Clapart,—Oscar estará ahora en Presles, muy contento en aquella hermosa tierra, en aquel magnífico parque...

—Sí, ya puedes esperar de él hermosas cosas—respondió Clapart.—¿Cuando no arme allí alguna pelotera...!

—Pero hombre, ¿no has de cesar nunca de odiar á ese pobre muchacho? ¿Qué te ha hecho? ¡Dios mío! no olvides que si alguna vez nos hemos de ver desahogados, ha de ser gracias á él. Ya sabes que tiene un hermoso corazón.

—Cuando ese muchacho logre algo en este mundo, Dios sabe dónde pararán nuestros huesos—exclamó Clapart.—Y el día que lo consiga, mucho tiene que haber cambiado. Tú no conoces á ese muchacho: es jactancioso, embustero, haragán, inepto...

—¿Por qué no vas á ver si encuentras á Poiret?—dijo la madre herida en el corazón por aquella diatriba que se había atraído.

—¿Un niño que no ha ganado nunca un premio en las clases!—exclamó Clapart.

Para la gente de la clase media, sacar premios en las clases da casi la seguridad de que el muchacho que los obtiene ha de tener un hermoso porvenir.

—¿Has tenido tú alguno?—le dijo su mujer.—Oscar ha obtenido el cuarto accésit de filosofía.

Este apóstrofe impuso silencio por algunos instantes á Clapart.

—Con todo eso y con que la señora Moreau debe estar tan contenta con él por allí como si le hubiera salido un grano donde tú sabes... Ya verás como hará los posibles para que su marido te tome antipatía... ¿Llegar á ser Oscar administrador de Presles?... Para eso es preciso saber agricultura, agrimensura...

—Ya lo aprenderá.

—¿El? ¡como yo! ¿Cuánto apostamos á que si llegasen á darle esa plaza no pasaría una semana sin hacer alguna tontería que diese pie al conde de Serisy para echarlo?

—¡Dios mío! pero ¿cómo puedes encarnizarte de ese modo en un pobre niño lleno de buenas cualidades, inocente como un ángel é incapaz de hacer daño á nadie?

En este momento, los chasquidos del látigo del postillón, el ruido de una calesa al trote y el piafar de dos caballos que se detienen á la puerta de la casa, pusieron en revolución á la calle de la Cerisaye. Clapart, que fué á abrir todas las ventanas, salió á ver lo que era.

—Ahí te traen á Oscar en un coche—exclamó con un aire en que la satisfacción se ocultaba bajo una inquietud real.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué le habrá ocurrido?—dijo la pobre madre presa de un temblor que la sacudió como el viento de otoño sacude á la hoja.

Brochón subía seguido de Oscar y de Poiret.

—¡Dios mío! ¿qué ha ocurrido?—repitió la madre dirigiéndose al cochero.

—No lo sé; pero lo que puedo decir es que el señor Moreau ya no es administrador de Presles; que, según dicen, su hijo de usted es la causa de ello, y Su Señoría ha ordenado que se lo trajesen á usted en seguida. Aquí va una carta del pobre señor Moreau, que está atrozmente cambiado.

—Clapart, dales un vaso de vino á estos señores—dijo la

madre yendo á sentarse en un sofá para leer la fatal carta.— Oscar, ¿te has empeñado en matar á tu madre?... Después de lo que yo te había dicho esta mañana...

La señora Clapart no pudo acabar la frase porque se desmayó del disgusto.

Oscar permaneció de pie con aire de estúpido. La señora Clapart volvió en sí al oír que su marido le decía á Oscar cogiéndole por el brazo:

—¿Respondes?

—Váyase usted á la cama, caballero— dijo la madre á su hijo.—Y tú, Clapart, déjale en paz, no le vuelvas loco, que ya se le conoce en la cara que bastante ha sufrido.

Oscar no oyó la última frase de su madre, porque tan pronto como recibió la orden de ir á acostarse, la puso en práctica.

Los que recuerdan su adolescencia, no se asombrarán al saber que, después de un día tan lleno de emociones y de acontecimientos, hubiese dormido Oscar el sueño de los buenos, á pesar de la enormidad de sus faltas. Al día siguiente, no encontró su naturaleza tan cambiada como lo creía; se asombró al ver que tenía hambre, él, que la víspera se consideraba indigno de vivir. Sólo había sufrido moralmente. A esa edad, las impresiones morales se suceden con demasiada rapidez para que la una no deje de debilitar á la otra, por muy profundamente grabada que quede la primera. Por esa razón creo yo que, á pesar de que los filántropos lo hayan atacado mucho en estos últimos tiempos, el sistema de castigos corporales es necesario en ciertos casos para los niños; y, por otra parte, es el más natural, pues la naturaleza no procede de otro modo y nos hace ver que se sirve del dolor para imprimir el perdurable recuerdo de sus enseñanzas. Si á la vergüenza, desgraciadamente pasajera, que pasó Oscar la víspera, hubiese añadido el administrador alguna pena afflictiva, la lección hubiera sido acaso completa. El discernimiento con que las correcciones deben ser empleadas, es el mayor argumento contra ellas; pues la naturaleza no se engaña nunca, mientras que el preceptor se engaña muchas veces.

La señora Clapart había procurado alejar á su marido, á fin de encontrarse sola por la mañana con su hijo. La pobre mujer daba lástima. Sus ojos, enrojecidos por el llanto, su rostro fatigado por una noche sin sueño, su voz ronca, todo

en ella daba compasión y constituía una prueba del excesivo dolor que había sentido, dolor que es fácil no hubiese podido soportar dos veces. Al ver entrar á Oscar, su madre le hizo seña de que fuese á sentarse á su lado y le recordó con tono amable los beneficios y favores que debían al administrador de Presles. Hizo ver á Oscar que hacía ya diez años que venían viviendo gracias á las ingeniosas caridades de Moreau. El empleo del señor Clapart, debido al conde de Serisy, así como también la plaza gratuita obtenida para que Oscar pudiese terminar su educación, tenía que acabar tarde ó temprano. Clapart no podía contar con ningún retiro porque no contaba con bastantes años de servicio ni en el Ayuntamiento ni en el Estado. El día que Clapart perdiese el empleo, ¿qué sería de ellos?

—Yo—continuó ella,—aunque tuviese que ponerme de enfermera ó de criada, ganaría lo suficiente para mí y para Clapart. Pero tú, ¿qué sería de ti? Careces de fortuna y tienes que crearte una posición para poder vivir. Para los jóvenes no existen más que cuatro grandes carreras: el comercio, la administración, las profesiones privilegiadas y la milicia. El comercio exige un capital que nosotros no podemos darte. A falta de capital, un joven lleva su trabajo y su capacidad; pero el comercio exige una gran discreción y tu conducta de ayer me hace suponer que careces de ella. Para entrar en una administración pública, es preciso tener protectores, y tú te has malquistado con el único que teníamos. Por otra parte, aun suponiendo que tú estuvieses dotado de medios extraordinarios, con ayuda de los cuales un joven se abre paso ya en el comercio, ya en la administración, ¿dónde está el dinero que se necesita para vivir y para vestirse durante el tiempo que se emplea en aprender una profesión?

Al llegar aquí la madre se entregó, como hacen todas las mujeres, á inútiles lamentos; ¿cómo iba á hacer ella en lo sucesivo viéndose privada de los recursos en especies que, gracias á la administración de Presles, podía enviarle el señor Moreau? Oscar había arruinado á su protector. Después del comercio y de la administración, carreras en las que su hijo no podía pensar, porque ella no podía sufragar sus gastos, venían las profesiones privilegiadas del notariado, la abogacía, etc. Pero para esto era preciso estudiar la carrera, pagar considerables sumas por libros, matrículas y exámenes; el gran número de aspirantes obligaba á distin-

guirse por su talento y aplicación, y, finalmente, siempre aparecía el mismo inconveniente: la cuestión de los gastos.

—Oscar—dijo su madre para terminar,—había cifrado en ti mi orgullo y mis esperanzas. Al aceptar una vez desgraciada, cifraba mis ilusiones en ti, pues esperaba verte dedicado á una carrera y terminarla con brillantez. Esta esperanza me ha dado valor para soportar las privaciones que vengo sufriendo desde hace seis años para sostenerte en el colegio, donde, á pesar de la plaza gratuita que hemos conseguido, nos costabas más de ochocientos francos anuales. Ahora que mis esperanzas se han desvanecido, tu suerte me espanta. No puedo disponer de un céntimo del sueldo del señor Clapart para invertirlo en cosas tuyas. ¿Qué vas á hacer? No sabes las matemáticas necesarias para entrar en las escuelas especiales; pero, aunque las supieras, ¿de dónde iba á sacar yo los tres mil francos anuales que exigen de pensión? Esta es la vida, hijo mío. Tienes diez y ocho años, eres fuerte, sienta plaza de soldado, y esta será la única manera de que puedas hacer carrera.

Oscar desconocía por completo lo que es la vida. Como todos los niños cuyos padres han procurado ocultarles la miseria en casa, ignoraba la necesidad en que el hombre está de hacer fortuna; la palabra *Comercio* no le llamaba la atención, y la palabra *Administración* no le decía nada porque desconocía sus resultados; escuchaba, pues, con aire sumiso las observaciones de su madre, que, por desgracia, se perdían en el vacío. No obstante, la idea de ser soldado y las lágrimas que derramaba su madre hicieron llorar á este niño. Tan pronto como la señora Clapart vió los carrillos de Oscar surcados por lágrimas, perdió sus energías; y como todas las madres en un caso semejante, terminó como se terminan siempre esta clase de crisis, en que las madres sufren á la vez sus dolores y los de sus hijos.

—Vamos, Oscar, *prométeme* ser discreto en lo sucesivo, no hablar á tontas ni á locas, reprimir tu estúpido amor propio, etcétera, etc.

Oscar prometió todo lo que su madre le pedía que prometiese, y después de atraerlo dulcemente hacia sí, la señora Clapart acabó por consolarle de su disgusto.

—Ahora, espero que escucharás á tu madre, que seguirás mis consejos, pues una madre no puede dar á su hijo más que buenos consejos. Iremos á casa de tu tío Cardot; esa es

nuestra última esperanza. Cardot debe muchos favores á tu padre, el cual, dándole en matrimonio á su hermana, la señorita Hussón, con una enorme dote, le dió medios para hacer una gran fortuna dedicándose á la sedería. Espero que te colocará en casa del señor Camusot, su sucesor y su yerno, que vive en la calle de los Bourdonnais... Mira, tu tío Cardot tiene cuatro hijos. Ha dado su establecimiento del *Cocón de Oro* á su hija mayor, la señora Camusot. Si Camusot tiene millones, tiene también cuatro hijos de dos matrimonios diferentes, y apenas sabe que nosotros existimos. Cardot casó á Mariana, su segunda hija, con el señor Protez, de la casa Protez y Chiffreville. El estudio de su hijo mayor, el notario, costó cuatrocientos mil francos, y acaba de asociar á José Cardot, su segundo hijo, con la casa Matifat. Tu tío Cardot tendrá, pues, muchas razones para no ocuparse de tí, que sólo te ve cuatro veces al año. Nunca ha venido á visitarme aquí, pero en cambio sabía muy bien ir á visitarme á casa de mi madre para que hicieran el gasto en su casa el Emperador, Sus Altezas Imperiales y los grandes de la corte. Ahora los Camusot parecen haberlo olvidado todo. Camusot ha casado al hijo de su primera mujer con la hija de un empleado en palacio. Cuando se viene á menos nadie hace caso de uno. En fin, el *Cocón de Oro* sirve á la corte de los Borbones como servía á la del Emperador. Mañana iremos á casa de tu tío Cardot, y espero que sabrás portarte como es debido, pues, te lo repito, esa es nuestra última esperanza.

Don Juan Jerónimo Severino Cardot estaba viudo, hacía seis años, de la señorita Hussón, á la que su hermano había dado, en sus buenos tiempos, cien mil francos de dote. Cardot, el primer dependiente del *Cocón de Oro*, una de las casas más antiguas de París, había comprado este establecimiento en 1793 en el momento en que sus amos estaban arruinados; y el dinero de la dote de la señorita Hussón le permitió hacer una fortuna casi colosal en menos de diez años. Para establecer espléndidamente á sus hijos, tuvo la ingeniosa idea de colocar á intereses, á nombre suyo y de su mujer, una suma de trescientos mil francos, que le producía treinta mil de renta. El resto de su capital lo había dividido en tres lotes de cuatrocientos mil francos cada uno, para dotar con ellos á sus cuatro hijos. El *Cocón de Oro*, que fué la dote de la hija mayor, aceptólo en cambio de esta suma el señor Camusot. El buen hombre, casi septuagenario, podía, pues,

gastar y gastaba sus treinta mil francos anuales, sin perjudicar los intereses de sus hijos, todos superiormente establecidos, y cuyos testimonios de afecto no iban mezclados de sentimiento alguno codicioso. El tío Cardot vivía en Belleville en una de las primeras casas situadas encima de la Courtille. Ocupaba allí una habitación de mil francos, en el primer piso, situada al mediodía y provista de un gran jardín. Seguro de acabar allí sus días, pues tenía la habitación arrendada por muchos años, el anciano vivía bastante mezquinamente servido por su anciana cocinera y por la antigua camarera de la difunta señora Cardot, las cuales, como esperaban recoger una renta de seiscientos francos cada una á su muerte, no le robaban. Estas dos mujeres cuidaban á su amo con exageración, y se interesaban tanto más por él, cuanto que no había nadie que fuese menos impertinente ni menos amigo de molestar. La habitación, amueblada por la difunta señora Cardot permanecía en el mismo estado hacía ya seis años, pues el anciano sentía una viva satisfacción con ello; gastaba en total unos mil escudos al año, pues comía en París cinco veces por semana y se retiraba todas las noches á las doce en un fiacre. La cocinera no tenía que ocuparse más que del almuerzo. El anciano almorzaba á las once, después se vestía, se perfumaba y se iba á París. La casi totalidad de la gente acostumbra á avisar á su familia cuando no come en casa; el padre Cardot hacía lo contrario: avisaba el día que tenía que comer en casa. Este viejecito gordo, fresco, rechoncho y fuerte, iba vestido, como vulgarmente se dice, *de veinticinco alfileres*; es decir, que llevaba siempre medias de seda negra, pantalón de sarga de seda, chaleco de piqué blanco, camisa planchada, levita azul y guantes de seda color violeta; hebillas de oro en los zapatos y en el pantalón; finalmente, una peluca blanca con su correspondiente trenza atada con una cinta negra, cubría su cabeza. Su rostro llamaba la atención por sus cejas espesas como zarzales, bajo las cuales centelleaban unos ojos grises, y por una nariz cuadrada, grande y larga, que le hacía parecerse á un antiguo prebendado. Su fisonomía hablaba. El padre Cardot pertenecía, en efecto, á esa raza de Gerontes (1) vivarachos que desaparece

(1) La palabra *Geronte* viene de la palabra griega *geron*, que significa anciano, y era el nombre habitual del padre ó del personaje grave en las piezas del Teatro Antiguo. Los primeros Gerontes no fueron sacados á la escena con carácter ridículo; pero,

de día en día y que con tanta frecuencia aparecían en las novelas y las comedias del siglo XVIII. El tío Cardot decía: «¡Hermosa dama!», y si daba con una mujer sin protección, la acompañaba en coche á su casa, se ponía á su disposición y usaba con ella de los modales más finos. Bajo su carácter pacífico y bajo sus cabellos blancos, ocultaba una vejez dedicada únicamente al placer. Entre hombres confesaba atrevidamente su epicureismo, y se permitía chistes demasiado verdes. No criticó nunca el que su yerno Camusot hiciese la corte á la encantadora actriz Coralía, porque también él era secretamente el Mecenas de la señorita Florentina, primera bailarina del teatro de la Alegría. Pero de su vida y de sus opiniones no dejaba traslucir nada en su casa ni en su conducta exterior. Tanta formalidad afectaba que, grave y cortés, pasaba por ser casi frío, y una devota le hubiese llamado hipócrita. Este digno señor odiaba particularmente á los curas, formaba parte de aquel gran rebaño de necios suscritos al *Constitucional*, y se preocupaba mucho de los casos de muerte en que se negaba al difunto sepultura cristiana. Adoraba á Voltaire, aunque sentía preferencia por Pirón, Vadé y Collé. Como era natural, admiraba á Beranger, á quien llamaba ingeniosamente *el gran padre de la religión de Lisette*. Sus hijas, las señoras Camusot y Protez, y sus dos hijos, se hubieran quedado asombrados si alguno les hubiese explicado lo que su padre entendía por *cantar la madre Godichón*. Este prudente anciano no había hablado nunca de sus rentas á sus hijos, los cuales, viendo que vivía tan mezquinamente, creían que se había despojado de su fortuna por ellos y redoblaban sus cuidados y su ternura. Á veces les decía á sus hijos:

—No perdáis vuestra fortuna, porque yo no puedo dejaros nada.

Camusot, que participaba en mucho de su carácter y que era muy amado por el anciano, era el único que sabía el secreto de los treinta mil francos de renta. Camusot aprobaba la filosofía del buen hombre, el cual, según él, después de haber hecho la felicidad de sus hijos y de haber cumplido

á medida que el respeto á la ancianidad fué debilitándose, el Geronte decayó poco á poco en su papel, y su nombre sirvió muy pronto para designar al anciano duro, avaro, regañón, testarudo, de inteligencia muy limitada, crédulo con exceso y sumamente fácil de engañar.—(N. del T.)

tan noblemente con sus deberes, era muy justo que acabase alegremente la vida.

—Mira, amigo mío—le decía el antiguo jefe del *Cocón de Oro*,—yo podía volver á casarme y seguramente hubiera tenido hijos, porque estoy en esa edad en que se tienen siempre; mientras que Florentina no me sale tan cara como una mujer propia, no me fastidia, no me dará hijos y no me comerá nunca mi pequeña fortuna.

Camusot proclamaba que el padre Cardot era la personificación del buen sentido y le consideraba como un suegro modelo.

—Sabe conciliar el interés de sus hijos con los placeres de que es justo que goce en la vejez, después de haber sufrido todas las privaciones á que está sujeta la vida del comerciante—decía Camusot muchas veces.

Ni los Cardot, ni los Camusot, ni los Protez sospechaban la existencia de su antigua tía la señora Clapart. Las relaciones de familia habían quedado reducidas al envío de esquelas en caso de defunción ó de boda, y de tarjetas á principios de año. La orgullosa señora Clapart no daba su brazo á torcer á no ser en interés de Oscar y delante de su amigo Moreau, única persona que le permaneció fiel en la desgracia. Nunca había molestado ni importunado al anciano con su presencia; pero tenía en él una esperanza, iba á verle una vez cada trimestre, le hablaba de Oscar Hussón, el sobrino de la difunta y respetable señora Cardot, y lo llevaba á verle en tiempo de vacaciones. En cada visita el buen hombre llevaba á comer á Oscar al *Cadrán-Bleu*, al teatro de la Alegría, y le acompañaba después á la calle de la Cerisaye. Una vez, después de haberlo vestido todo de nuevo, le regaló el servilletero y el cubierto de plata que exigían en el colegio. La madre de Oscar procuraba probar al buen anciano que su sobrino le quería mucho, y le hablaba siempre del servilletero, del cubierto de plata y del magnífico traje, del que no quedaba ya más que el chaleco. Pero estas astucias dañaban á Oscar en vez de favorecerle, tratándose de un zorro viejo como era el tío Cardot, el cual no había amado nunca á su difunta mujer, seca y rubia; por otra parte, conocía las circunstancias del matrimonio del difunto Hussón con la madre de Oscar, y, aunque no la quería mal, no ignoraba que el joven Oscar era hijo póstumo; de modo que su pobre sobrino le parecía completamente ajeno á los

Cardot. Como no preveía la desgracia, la madre de Oscar no había procurado relacionar á éste con su tío. Al igual que todas las mujeres que se concentran en el sentimiento de la humanidad, la señora Clapart no comprendía la situación del tío Cardot, y creía muy natural que el anciano se interesase enormemente por un muchacho tan hermoso y que llevaba el nombre de la difunta Cardot.

—Señor, está ahí la madre de Oscar, de su sobrino de usted—dijo la criada al señor Cardot, que se paseaba por el jardín esperando la hora del almuerzo, después de haberse hecho afeitar por el barbero.

—Buenos días, hermosa señora—dijo el anciano comerciante en sedas saludando á la señora Clapart y envolviéndose en su bata de piqué blanco.—¡Caramba! ¡caramba! ¡cómo crece el pequeño!—añadió cogiendo á Oscar por una oreja.

—Ha acabado ya el curso, y ha sentido mucho que su querido tío no hubiese asistido á la distribución de premios del colegio de Enrique IV, porque él ha obtenido uno. El nombre de Hussón, que es de esperar que él ha de llevar dignamente, ha sido proclamado.

—¡Diablo! ¡diablo!—dijo el anciano deteniéndose.

La señora Clapart, Oscar y el anciano se paseaban por el jardín, en medio de los naranjos, de los mirtos y de los granados.

—Y ¿qué premio ha obtenido?—dijo Cardot.

—El cuarto accésit de filosofía—respondió triunfalmente la madre.

—¡Oh! el muchacho no ha hecho gran cosa—exclamó el padre Cardot,—porque acabar con un accésit no tiene gran mérito. ¿Almorzarán ustedes conmigo?—repuso el anciano.

—Estamos á sus órdenes—respondió la señora Clapart.—¡Ah! mi buen señor Cardot, ¡qué satisfacción para los padres y para las madres cuando los hijos debutan bien en la vida! Desde este punto de vista, es usted el padre más feliz que yo conozco... En manos de su virtuoso yerno de usted y de su amable hija, el *Cocón de Oro* ha pasado á ser el mejor establecimiento de París. Su hijo mayor tiene el mejor estudio de notario de la capital, y se ha casado muy bien. Su último hijo de usted acaba de asociarse con la mejor casa de drogas. Finalmente, tiene usted cuatro encantadoras nietas, y es jefe de cuatro grandes familias.—Oscar, déjanos, y vete á ver el jardín, pero sin tocar las flores.

—Pero ¡si tiene ya diez y ocho años!—dijo el tío Cardot sonriéndose al oír esta recomendación, que daba una triste idea de Oscar.

—¡Ay de mí si, mi buen señor Cardot, y después de haberlo criado robusto y derecho, sano de espíritu y de cuerpo, después de haberlo sacrificado todo para darle educación, sería bien triste para mí no verle en camino de hacer fortuna.

—Pero ese señor Moreau, que logró que entrase en el colegio de Enrique IV, no dejará de protegerle—dijo el tío Cardot con una hipocresía oculta bajo un aire de candidez.

—El señor Moreau puede morir—repuso ella,—sin contar con que ha reñido con el señor conde de Serisy, su amo.

—¡Diablo! ¡diablo!... Escuche, señora, la veo á usted venir...

—No, señor—dijo la madre de Oscar interrumpiendo al anciano que, por consideración á una hermosa dama, contuvo el movimiento de mal humor que experimenta todo el mundo al verse interrumpido.—¡Ay de mí no sabe usted las angustias de una madre que, desde hace siete años, se ve obligada á gastar con su hijo seiscientos francos anuales de los mil ochocientos que tiene de sueldo su marido... Sí, amigo mío, esa es nuestra fortuna. ¿Qué podré hacer yo, con esto, por Oscar? Además, el señor Clapart odia de tal modo á ese pobre muchacho, que me es imposible tenerle en casa. Una pobre mujer, sola en el mundo, ¿qué había de hacer en estas circunstancias si no venir á consultar al único pariente que su hijo tiene en la tierra?

—Ha hecho usted bien—respondió el bueno de Cardot.

—Nunca había dicho usted nada de todo eso.

—¡Ah! caballero, usted es el último á quien yo confiaría mi miseria. Mía es la culpa, por haberme casado con un hombre cuya ineptitud es increíble. ¡Oh! ¡qué desgraciada soy!

—Escuche usted, señora—repuso gravemente el anciano.

—Experimento un gran disgusto cuando veo llorar á una mujer hermosa... Después de todo, su hijo de usted se llama Hussón, y, si mi querida difunta viviese, no dejaría de hacer algo por el nombre de su padre y de su hermano...

—¡Oh! quería mucho á su hermano—exclamó la madre de Oscar.

—Yo he dado toda mi fortuna á mis hijos, que no tienen que esperar nada de mí—dijo el anciano continuando.—He

repartido entre ellos los dos millones que tenía, porque quería verlos felices y gozando de toda su fortuna. Yo me he reservado una renta vitalicia; y, á mi edad, no puede uno imponerse privaciones. ¿Sabe usted á qué debe dedicar á este mocito?—repuso llamando á Oscar y tomándole por el brazo, —hágale estudiar el derecho y yo pagaré las matrículas y los libros. Póngale usted en casa de un procurador, que aprenda la práctica; si se porta bien, si se distingue, si tiene afición, si yo vivo aún, cada uno de mis hijos le prestará la cuarta parte de lo que necesite para comprar un estudio, y yo le pondré fianza. De aquí á entonces, usted no tendrá más que vestirle y alimentarle; es verdad que no lo pasará tan divertido como hasta ahora, pero en cambio aprenderá á saber lo que es la vida. ¡Qué caramba! yo salí de Lyon con dos lises que me había dado mi abuela, vine á pie á París y aquí me tienen ustedes. Un joven con salud, discreto, probo y trabajador, puede llegar á ser mucho. El hacer fortuna es trabajo y placer, y después, cuando se llega á la vejez y se conservan los dientes, puede uno comer á su gusto y cantar de vez en cuando la *Madre Godichón*. Acuérdate de mis palabras: probidad, trabajo y discreción.

—¿Oyes, Oscar?—preguntó la madre.—Tu tío resume en tres palabras todos mis consejos, y debes de grabar la última con letras de fuego en tu memoria.

—¡Oh! ya la tengo—respondió Oscar.

—Está bien; da las gracias á tu tío, ¿no oyes que se encarga de tu porvenir? Puedes llegar á ser abogado en París.

—Ignora la grandeza de sus destinos—repuso el anciano viendo el aire atontado de Oscar.—Ya se ve, sale ahora del colegio. Escucha, yo no soy ningún charlatán—añadió el tío, —acuérdate de que á tu edad la probidad se establece sabiendo resistir á las tentaciones que tanto abundan en una ciudad como París. Permanece en casa siempre, en tu buhardilla; vete derecho á la universidad, de allí al estudio, trabaja sin descanso tarde y noche, sé á los veintidós años segundo pasante, á los veinticuatro primero, y ya puedes decir que es tuya la fortuna. Si la idea te agradase, podrás entrar en casa de mi hijo, el notario, y ser su sucesor. Trabajo, paciencia, discreción, probidad; he ahí los escalones de la fortuna.

—¡Y quiera Dios que viva usted aún muchos años para ver á su quinto hijo realizando todo lo que esperamos de él!

—exclamó la señora Clapart tomando la mano del tío Cardot y estrechándose con un gesto digno de su juventud.

—Vamos á almorzar—repuso el buen anciano llevando á Oscar cogido de una oreja.

Durante el almuerzo, el tío Cardot observó á su sobrino con disimulo, y vió que éste desconocía en absoluto lo que es la vida.

—Mándemelo usted de vez en cuando—le dijo á la madre al despedirse;—yo le iré formando poco á poco.

Esta visita calmó los disgustos de la pobre mujer, que no esperaba tan brillante resultado. Durante quince días salió con Oscar á paseo, lo vigiló casi tiránicamente y llegó de este modo á fines de octubre. Una mañana, Oscar vió entrar al terrible administrador, que sorprendió á la pobre familia de la calle de la Cerisaye almorzando unos arenques con una taza de leche por postre.

—Nos hemos establecido en París—repuso Moreau anunciando á la señora Clapart el cambio que la falta de Oscar había operado en su manera de vivir;—pero estaré aquí poco tiempo. Me he asociado con el padre Leger y con Marguerón. Nos hemos hecho comerciantes de inmuebles y hemos empezado por comprar la tierra de Persán. Yo soy el jefe de esa sociedad, que ha reunido un millón de capital. Cuando se presente un negocio, el padre Leger y yo lo examinaremos; mis asociados llevarán la cuarta parte de los beneficios y yo la mitad, porque yo soy, en realidad, el que hago el trabajo. Esto me obligará á estar continuamente de viaje. Mi mujer vive muy modestamente en París, en el arrabal de Roule. Cuando hayamos hecho algunos negocios, cuando no arriesguemos nada más que los beneficios, si estamos contentos de Oscar, acaso lo emplearemos.

—Vamos, amigo mío, la catástrofe sucedida á causa de la ligereza cometida por mi desgraciado hijo, acaso sea motivo de que usted haga una gran fortuna, porque, á decir verdad, estaba usted enterrando su aptitud y sus energías en Presles.

Después, la señora Clapart contó su visita al tío Cardot, á fin de hacer ver á Moreau que era fácil que ella y su hijo no fuesen para él una carga en lo sucesivo.

—Tiene razón ese anciano—dijo el ex administrador.—Es preciso llevar á Oscar por ese camino con brazo de hierro, y seguramente que llegará á ser notario ó procurador. Pero que no se separe del camino trazado. Yo puedo ayudarle: la

parroquia de un negociante en bienes es importante y me han hablado de un procurador que acaba de comprar un estudio. Es un joven duro para el trabajo como una peña; se llama Desroches, y voy á ofrecerle todos mis asuntos con la condición de que tome á Oscar y procure enmendarle; yo le propondré que lo tome en su casa mediante novecientos francos, yo daré trescientos, y de este modo no os costará más que seiscientos. Además, lo recomendaré eficazmente. Si el niño quiere llegar á ser hombre, ha de ser bajo esta férula, porque saldrá de allí notario, abogado ó procurador.

—Vamos, Oscar, da las gracias al buen señor Moreau, no estés ahí como un tonto. No todos los muchachos que han hecho tonterías tienen la suerte de encontrar amigos que se interesan aún por ellos después de haber sido causa de tan grandes disgustos.

—La mejor manera de reconciliarte conmigo—repuso Moreau estrechando la mano á Oscar,—es trabajar con constancia y portarte bien.

Diez días después, Oscar fué presentado por el ex administrador á maese Desroches, procurador establecido recientemente en la calle de Bethisy en un piso que rentaba una cantidad módica. Desroches, joven de veintiséis años, educado duramente por un padre de excesiva severidad y de humilde cuna, se había encontrado en las mismas condiciones en que se encontraba Oscar; se interesó, pues, por él, aunque con las apariencias de dureza que le caracterizaban. El aspecto de este joven seco y alto, de tez terrosa, cabellos cortados al rape, de pocas palabras, mirada penetrante y vivacidad sombría, llenó de terror al pobre Oscar.

—Aquí se trabaja día y noche—dijo el procurador desde el fondo de su sofá situado detrás de una vasta mesa en que se veían multitud de papeles amontonados.—Señor Moreau, no se lo mataremos á usted, pero será preciso que haga lo que nosotros hacemos. ¡Señor Godeschal!—gritó.

Aunque era domingo, el primer pasante apareció con la pluma en la mano.

—Señor Godeschal, aquí tiene usted el aprendiz de que le he hablado y por quien tanto se interesa el señor Moreau; comerá con nosotros y ocupará el pequeño cuartito que hay al lado de su habitación. Mídale usted el tiempo necesario para ir de aquí á la universidad y volver, de modo que no pueda perder ni cinco minutos; cuide usted de que aprenda

el código y de que estudie con provecho, obligándole á leer los buenos autores después que haya estudiado sus lecciones; en fin, sin perjuicio de que yo he de vigilarle también, queda bajo su inmediata dirección. Quieren hacer de él lo que usted supo hacer por sí solo: un primer pasante hábil. Vaya usted con el señor Godeschal, amiguito, que él le enseñará su habitación para que se acomode allí... ¿Ve usted á Godeschal?—añadió Desroches dirigiéndose á Moreau—pues es un muchacho que, lo mismo que yo, no era nada. Es hermano de Marieta, la famosa bailarina. Todos mis pasantes son muchachos que no cuentan más que con sus diez dedos para ganarse la vida. Así es que entre los cinco y yo trabajamos tanto como si fuéramos doce. Dentro de diez años tendré la mejor clientela de París. Aquí no hay pasión ni privilegios, ni para los asuntos ni para los clientes, y ésto ya empieza á saberse. A Godeschal lo he sacado de la casa de mi colega Derville, donde había sido nombrado segundo pasante hacía quince días, y donde nos conocimos hace ya mucho tiempo. En mi casa Godeschal gana mil francos, la comida y la habitación. Es un muchacho infatigable y que vale mucho. Yo le aprecio en gran manera. Lo mismo que yo cuando era pasante, ha sabido vivir con seiscientos francos. Lo que yo quiero sobre todo es una probidad sin tacha, y opino que el que es probo estando en la indigencia, es todo un hombre. A la menor falta de este género que se cometa en este estudio, despediré al pasante que incurra en ella.

—Vamos, el muchacho tendrá quien le dé ejemplo—dijo Moreau.

Durante dos años enteros, Oscar vivió en la calle de Bethisy, en el antro de la astucia, pues si alguna vez ha podido aplicarse esta expresión á algún estudio, nunca mejor que al de Desroches. Oscar, bajo esta vigilancia meticulosa, al par que hábil, quedó sujeto á sus trabajos y á sus horas con tal rigidez, que su vida en medio de París se parecía á la de un monje.

En todo tiempo, Godeschal se levantaba á las cinco de la mañana. Bajaba con Oscar al estudio á fin de economizar el fuego en invierno, y siempre encontraban á su amo levantado y trabajando. Oscar hacía algunos trabajos de oficina y estudiaba sus lecciones, pero las estudiaba á conciencia, porque Godeschal, y muchas veces su amo, le indicaban los autores que tenía que consultar y las dificultades que tenía que ven-

cer. Oscar no dejaba ningún capítulo del código hasta después de haberlo profundizado y de haber dejado satisfechos á su patrón y á Godeschal, que le hacían sufrir exámenes preparatorios más serios y más largos que los de la universidad. Vuelto de las clases, donde permanecía poco tiempo, volvía á trabajar, iba á veces al palacio de Justicia y estaba siempre hasta la hora de comer bajo la vigilancia del terrible Godeschal. La comida, que hacía en compañía de su amo, consistía en un gran plato de carne, un plato de legumbres y una ensalada. El postre se componía de un pedazo de queso de Gruyere. Después de la comida, Godeschal y Oscar volvían á la oficina y trabajaban hasta la noche. Una vez al mes, Oscar iba á almorzar á casa de su tío Cardot, y pasaba los domingos en casa de su madre. De vez en cuando, siempre que Moreau iba al estudio para sus negocios, llevaba á Oscar á comer al Palacio Real y le obsequiaba con algún espectáculo. Oscar se había enmendado de tal modo bajo el influjo de Godeschal y de Desroches respecto á sus veleidades de elegancia, que no pensaba nunca en componerse.

—Un buen pasante—le decía Godeschal—debe tener dos trajes negros (uno nuevo y otro viejo), un pantalón negro, medias negras y zapatos. Las botas son demasiado caras, y sólo deben llevarse cuando uno es ya procurador. Un pasante no debe gastar nunca más de setecientos francos anuales. Las camisas deben de ser de buena y gruesa tela. ¡Ay, amigo mío! cuando hay que hacer fortuna partiendo del cero, es preciso saber reducirse á lo necesario. Ahí tiene usted al señor Desroches, ha hecho lo que nosotros hacemos y ha llegado á la meta.

Godeschal predicaba con el ejemplo. Si profesaba los principios más estrictos sobre el honor, la discreción y la probidad, en cambio los practicaba sin énfasis, con la misma facilidad que cuando respiraba y cuando andaba. Aquel era el modo de ser de su alma, como la marcha y la respiración son el ejercicio natural de los órganos. Diez y ocho meses después de la entrada de Oscar, el segundo pasante cometió por segunda vez un ligero error en la cuenta de la caja, y Godeschal le dijo delante de todos los empleados de la casa:

—Mi querido Gaudet, váyase usted de aquí de *motu proprio* para que nadie pueda decir que el amo le ha despedido. Es usted distraído ó poco exacto, y estos defectos son